



A SOLAS CON  
**CARLOS  
CASTAÑO**

PAULA RESTREPO

La mujer que amó al paramilitar  
más temido de Colombia

 Planeta

## Nota de la autora

Esta es mi historia personal. Me hago responsable de ella y de todo lo que aquí digo. Las cosas fueron tal cual las cuento. Sin embargo, muchas personas con las que viví esos acontecimientos podrían sentirse expuestas o traicionadas. Por ese motivo, he decidido cambiar la mayoría de los nombres que aparecen en esta narración. Mi familia no merece sufrir más de lo que ya lo ha hecho.

Escribo desde una prisión de máxima seguridad, en medio de un motín en el que participan más de dos mil quinientos reos. Los gritos y el ruido de las balas y los machetes que chocan contra los barrotes ya no me asustan, y hasta puedo decir que ahora forman parte de mi cotidianidad. Ya no le temo a la muerte, el miedo desapareció por completo, tal vez esa sea una buena opción para regresar a mi país. En mi mente solo está la imagen de mi mamá, mi hermana y mis tres sobrinos, que son toda mi familia. Los amo profundamente y quiero que lo sepan, es probable que no pueda abrazarlos jamás.

¿Por qué estoy aquí? A esta celda me trajeron las malas decisiones, mi audacia, mi falta de previsión. Soy una mujer de clase media a la que nunca le faltó nada. Mis padres, gente honrada y trabajadora, procuraron darme siempre herramientas para salir adelante honestamente. Por eso, después de tener una vida buena y principios para ejercerla, ahora me pregunto: ¿qué hago aquí? ¿Cuál es la razón para terminar mis días así? ¿Cómo se unió mi destino al de Carlos Castaño?

Todo empezó el día que murió mi papá. Ya no teníamos a nuestro lado al hombre que siempre había hecho todo por nosotras y que fue nuestro único proveedor. El hombre al que le debo tanto y cuya muerte prematura forjó el destino que me esperaba. El año en que murió, me gradué del colegio y decidí buscar trabajo. Mi único problema era que no sabía hacer absolutamente nada. A mi favor, en cambio, tenía las ganas de salir adelante y el hecho de hablar inglés fluidamente. En ese entonces, solo teníamos la pensión de mi papá y algo de dinero que ganaba en uno que otro trabajo de modelaje, pero eso no nos alcanzaba para cubrir nuestros gastos. Yo no me conformaba con un nivel de vida inferior al que nos había dado mi papá, entonces alguien me habló de un trabajo en una pequeña agencia de carros en la que necesitaban a una persona que hiciera las veces de secretaria y vendedora a la vez.

El lugar quedaba cerca a la Cuarta Brigada de Medellín, y me recibió un hombre joven que dijo ser el dueño de la agencia. Me preguntó si tenía experiencia y le dije que no, si sabía escribir a máquina y le dije que no, que si sabía cuadrar una chequera y le dije que no, si sabía algo de contabilidad y le dije que mucho menos. Estaba avergonzada: fui a buscar trabajo y solo me senté a mover la cabeza de lado a lado y decir a todo que no. En algún momento pensé que el dueño de la agencia me echaría a patadas por hacerle perder su tiempo, pero, para mi sorpresa, al terminar la entrevista me dijo que el trabajo era mío y que esperaba que pudiese aprender por lo menos lo básico para ayudarle

con todo. Éramos solo él y yo, y tendríamos que hacer un buen equipo.

Después, él mismo me contaría que la única razón por la que me dio el trabajo fue porque le parecí muy bonita. Me había visto en un comercial de televisión de una gaseosa en el que había participado y, creo que fue en ese momento en el que comprendí que podría obtener lo que quisiera con mi apariencia física que, sumada a mi temperamento fuerte, hacían una buena combinación.

Juan David, mi jefe, siempre fue un hombre respetuoso conmigo, aunque era “tremendo” con las mujeres. Tal vez se dio cuenta de que insinuárseme era caso perdido, ya que yo no conozco el significado de la palabra mesura y soy muy visceral a la hora de expresar disgusto. Definitivamente yo estaba trabajando por obligación y no con la intención de “levantarme” a un hombre. Además, en cuanto empecé a trabajar en la agencia, las ventas se incrementaron muchísimo. Si me molestaba, sabía que dejaría todo tirado y me largaría a otro lugar. Eso no le convenía a ninguno de los dos. Todo esto ocurría a mediados de la década del ochenta, cuando Medellín estaba en pleno auge del narcotráfico y los movimientos paramilitares se gestaban en Colombia.

Llevaba unos meses trabajando en la agencia cuando un día llegó un muchacho de más o menos mi edad, que para ese entonces era veinte años. Se trataba de un hombre bajito, fornido, con ojos color miel y una dentadura perfecta (esa dentadura que recordaría por siempre, que

hablaría por él para revelarme que estaba muerto). Estaba acompañado de cinco o seis hombres de aspecto poco amigable que lucían desaliñados y mal encarados. Yo estaba sola en ese momento porque mi jefe llevaba dos días de rumba, una conducta muy usual en él. El hombre fornido se acercó tímidamente y me preguntó por los precios de los seis camperos que teníamos para la venta. La verdad es que no le vi cara de comprador ni de nada, y me imaginé que era uno de tantos tipos que me habían visto trabajando y que entraban a preguntar por carros que no tenían intenciones de comprar. Entonces lo miré y le contesté de muy mala gana, creyendo que con una actitud déspota haría que se fueran y me dejaran en paz. El muchacho me preguntó disgustado si me estaba interrumpiendo en algo, porque me veía recogiendo las cosas del escritorio y agarrando las llaves del carro para irme. Le dije que la verdad era que sí, que ya era hora de cerrar y yo debía salir rápido porque tenía una cita. Él se fue refunfuñando y yo salí un momento después, divertida al recordar la cara que puso cuando le contesté. Sabía que no le habían quedado ganas de volver a molestar.

Por aquel entonces, ya era normal en Medellín que aparecieran personajes escoltados que alardeaban con su dinero. La nuestra era una ciudad en la que el negocio de la cocaína había cambiado todos los esquemas.

Ese mismo día, cuando llegué de almorzar, encontré de nuevo a los tipos parados en la calle. Al abrir la puerta de la oficina, el único que ingresó fue el que me había

preguntado por los precios de los carros. Los otros se quedaron afuera como montando guardia. Me asusté, creí que me iban a hacer algo malo en retaliación por lo mal que los había atendido. El muchacho me dijo que, si le hacía algún descuento, se llevaba todos los carros. Yo me reí y le dije que no. Me preguntó cómo era el pago y le dije que de contado y que, si quería, me podía dar un cheque de gerencia, que podía pagar en pesos colombianos o en dólares, y me volví a reír. Lo decía como un sarcasmo. Entonces me dijo que escogiera yo cómo quería el pago y le dije que todo en pesos y en efectivo. Pensé que iba a salir corriendo, pero hizo entrar a uno de sus hombres con un maletín y lo pusieron sobre mi escritorio. Lo abrió directamente bajo mis narices y me dijo:

—¿Será que con esto alcanza?

Yo me quedé pasmada, el maletín estaba lleno de dinero. En ese momento el que se rio fue él, como diciendo: “me creías un pendejo pero no lo soy”. Entonces me ordenó que arreglara los papeles de los carros para pasar más tarde a recogerlos, y así lo hizo.

Días después volvió. Me dijo que solo iba a tomarse un café y a saludarme pero que pronto volvería a ver qué carros nuevos tenía porque necesitaba más camperos para sus fincas. Ese fue el comienzo de muchas otras negociaciones que haríamos, pues se convirtió en mi mejor cliente y solo se dejaba atender por mí. Iba cada vez con más frecuencia a comprarme carros, y pasamos de tener una relación de solo negocios a una amistad que pronto se convirtió

en romance. Pero transcurrirían los meses y yo no sabría sino hasta mucho tiempo después quién era realmente el hombre con el que vivía esta aventura. Apenas un tiempo después lo descubriría, cuando vivimos un evento en el que por poco perdemos la vida.

Nuestra primera cita fue en el restaurante La Tranquera, de Medellín. Yo estaba muy nerviosa porque todavía no aceptaba que pudiera gustarme alguien como él. Era la primera vez que salía con un hombre que no pertenecía a mi círculo social, un hombre, además, muy reservado a la hora de hablar de su trabajo y su familia. No teníamos amigos ni conocidos en común, y ninguno sabía absolutamente nada del otro. Tal vez era eso lo que nos atraía.

Cuando me recogió en mi casa, por poco no lo reconozco. Llegó en un Mercedes Benz, color verde militar, blindado, y estaba vestido impecablemente, de saco y corbata. Ese día llevaba el que después sabría que era su reloj favorito, un Patek Philippe con pulso de cuero que solo vestía con su traje formal. Me abrió la puerta del carro y me ayudó a entrar. Yo solo lo había visto vestido de jeans, camisetas feas y tenis. Al entrar al restaurante, me pareció raro no ver a ningún otro cliente, tampoco más carros en el parqueadero aparte del nuestro. Todos los meseros y cocineros del lugar saludaban a mi pareja por su nombre y le mostraban gran respeto. Eso también me intrigó. Entonces le pregunté por qué no había más clientes en el lugar, sabiendo que era fin de semana y se trataba de un sitio muy concurrido. Me dijo que había alquilado el

restaurante completo para los dos. No puedo negar que me sentí halagada, pero también intrigada por la situación. ¿Con quién estaba sentada a la mesa?

La cena fue muy romántica y agradable. Entre una copa y otra de Dom Pérignon hablamos de todo y nos reímos de cómo nos habíamos conocido, de lo grosera que yo había sido. Entonces le expliqué las razones por las cuales actué así y él lo entendió. Cuando le pregunté a qué se dedicaba, la cosa cambió. Me dijo que él y su familia eran ganaderos de Caucasia, y trataba de evadir el tema. La verdad es que yo no le creí, pero lo dejé continuar con su cuento, de todas formas no era asunto mío.

Fue una noche especial, tenía la sensación de estar con un hombre mucho mayor y no con un “pelado” de veinte años como yo. Hablamos de política, de música, de libros y de pintores, temas que yo jamás había tratado con ninguno de mis amigos “normales”, y menos en la primera cita. Claro que tampoco había tenido muchos novios hasta ese momento, solo dos con los que había durado mucho tiempo. Con Carlos, que así se llamaba este desconocido, todo empezaba a ser diferente. Hablaba fuerte, manoteando, y tenía la risa más contagiosa del mundo. Cuando se carcajeaba lo hacía con la picardía de un niño de diez años. También descubrí su interés por los deportes extremos, y eso me encantó. Me contó que estaba muy aficionado al vuelo en cometa, y que tenía un grupo de amigos con los que volaba; también le gustaba el esquí acuático y cada vez que podía subía al Peñol para practicar.

A partir de esa primera cita seguimos hablando y viéndonos casi todos los días, y a mí cada vez me gustaba más, aunque en mi interior sabía que había algo raro en él. Por supuesto, sospeché que estaba saliendo con un mafioso, ya que lo veía en diferentes carros, casi siempre blindados, y su forma desmedida de gastar dinero siempre que salíamos no era nada normal. Además, nos acompañaban dos o tres hombres que, según él, eran unos primos muy cercanos que lo acompañaban a todas partes, y yo se lo creí. Paulatinamente, comencé a separarme de mi grupo de amigos y a pasar más tiempo con Carlos. Entonces todos comenzaron a preguntarse quién era el tipo con el que yo estaba saliendo, y qué era lo que hacía. Pero ni siquiera yo tenía respuesta a eso y, cuando le decía a Carlos que quería presentarlo a mis amigos, sacaba alguna excusa para no tener que ir.

Poco tiempo después, me invitó a esquiar al Peñol un fin de semana. Le dije que si íbamos a amanecer allá yo quería ir con una amiga, y aceptó a regañadientes. Entonces invité a Beatriz, una de mis mejores amigas, y de quien quería una opinión sobre Carlos. Quería que entre las dos intentáramos averiguar qué pasaba con él. Beatriz era de esas personas que no se guardaban nada y que, si se siente incómoda o no le gusta algo, de inmediato lo manifiesta. Ese rasgo, justamente, hizo que el primer paseo con Carlos fuera una verdadera tortura para mí.

Desde que mi amiga se subió al carro y vio a los “primos” detrás de nosotros, comenzó el interrogatorio.

Yo cada vez veía más incomodo a Carlos. Íbamos tomando unos tragos y los ánimos se estaban caldeando. Cuando llegamos a la represa y nos subimos en la lancha, la cosa se puso mucho peor. Los gustos musicales de Carlos eran horribles para nosotras y fueron motivo de burla. Era música vieja de Nino Bravo, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y otros cantantes de ese estilo. Jamás habíamos oído eso y, como ya él estaba molesto, empezó a comportarse de manera despectiva, le hacía preguntas de cultura general a Beatriz, y ella solo respondía con una risa burlona. Mi amiga me decía todo el tiempo que no podía creer cómo podía gustarme “un montañero” como ese, que de lo único que tenía pinta era de “lava perros” de algún mafioso ordinario, y yo estaba desesperada, sin saber qué hacer. ¿Le hacía caso a mi amiga de tantos años, que me conocía bien, o defendía mi relación con Carlos y la mandaba a ella a la porra? La verdad es que me comporté como una total imbécil, no decía ni hacía nada mientras ellos se tiraban indirectas, y lo único que se me ocurrió hacer fue simular que no me sentía bien para que me llevaran de vuelta a Medellín y no tomar partido por ninguno de los dos.

Después de ese incidente, no creí que volvería a saber de Carlos. Era la primera amigas mía que conocía y le había hecho pasar un mal rato. Lo peor es que yo no había hecho nada para defenderlo, pero al otro día volvimos a salir y hablamos de lo que había pasado. Le pedí disculpas y le conté todo por lo que había atravesado tras la muerte de mi papá y que siempre había sido una niña malcriada y

superficial, pero que estaba dispuesta a cambiar. Él me dijo que era una persona humilde que venía del campo, pero que siempre había buscado superarse intelectualmente y que, si no lo aceptaba como era, lo mejor sería terminar todo en ese mismo momento. Creo que nunca me perdonó por lo que le había hecho sentir ese día, y me lo sacaría en cara en cada discusión en el futuro.

Seguimos saliendo normalmente y casi todos los fines de semana íbamos a esquiar o a volar a diferentes lugares de Colombia. A veces íbamos a Roldanillo o a Don Matías, donde había un excelente precipicio para lanzarse desde allí y aterrizar en un potrero de Barbosa. Casi siempre íbamos acompañados de su amigo Humberto y su esposa Judith.

En ese entonces, Carlos era un muchacho todavía alegre y extrovertido. Podría decir que era un hombre desprevenido, nada que se pareciera a la persona en la que se convertiría más adelante. Solíamos ir a alguna de sus fincas y en cada viaje me enamoraba más. Recuerdo que cuando ya tenía algunos tragos encima se atrevía a recitar alguna poesía e incluso cantaba. Lo más curioso es que nos obligaba a los demás a intentarlo y en medio de aquellos improvisados recitales no parábamos de reírnos.

Otro rasgo suyo que me resultaba divertido era su manía tramposa en los juegos de mesa. No era que quisiera ganar a toda costa, era más bien un juego de niños en el que disfrutaba cuando lo descubrían. En ese momento, el juego terminaba porque él agarraba todas las fichas y declaraba entre risas que ya había ganado.

estaban atrás no me dejaban mover y solo podía oír a Carlos que gritaba, que pedía que me protegieran, mientras disparaba por encima de mi pecho.

Ambos carros seguían en movimiento y la balacera no se detenía. Vi que Carlos sangraba mucho del lado derecho de la cabeza y del brazo. En un momento me levanté y traté de abrazarlo, pero recibí un impacto en la cadera. El carro del que nos estaban disparando se salió de la avenida y se estrelló contra un poste. Entonces Carlos se bajó junto a los hombres que nos acompañaban y pude oír los disparos mientras permanecía agachada en el piso. Después de algunos segundos, volvieron al carro y arrancamos a toda velocidad.

Carlos comenzó a debilitarse y le entregó el carro a uno de los muchachos que iban con nosotros. En esa época no había celulares, solo beepers y teléfonos de EDA, una empresa local que los instalaba en los carros. Carlos llamaba desesperadamente no sé a quién para contarle del atentado que acabábamos de sufrir, decía que tuvieran lista la clínica porque estábamos heridos y necesitábamos atención médica. Nos fuimos directamente a una casa en el municipio de Caldas, un lugar dotado con elementos quirúrgicos, medicinas y personal especializado para atender a los heridos. No era una clínica regular sino una casa acondicionada para este tipo de emergencias. Ninguno de nosotros estaba herido de muerte, pero Carlos estaba mal, había recibido disparo en el occipital derecho, otro en el hombro derecho y uno más en la mano, entre los dedos

pulgar e índice. Lo mío me hizo sangrar mucho. En la madrugada, dormido y medicado, nos fuimos a Medellín, uno que yo no conozco. Muchos escoltas, pero no sé de lo que había pasado directamente a dormir, e

Como cualquier persona obligada era:

—¿Quién eres y qué

Nunca había visto a Carlos y me abrazó, me dijo que me contarme la verdad. Él era de Fidel Castaño, el jefe de los Castaño que se le llamaban militares era a Fidel, Carlos. Yo quedé muy sorprendido, creía que era un mafioso, vida personal y de su trabajo mucho. Me respondió que entre ellos y la guerrilla que estaba, y entonces pasó serio. Me dijo:

—Vos sabés que te quiero po de dejarme y de buscar

¿Qué iba a decir yo? Yo estaba enamorada de él. F

pulgar e índice. Lo mío solo fue un roce en la cadera, pero me hizo sangrar mucho y fue bastante doloroso e incómodo. En la madrugada, después de que nos habían curado y medicado, nos fuimos a descansar a un apartamento en Medellín, uno que yo no conocía. Nos acompañaron muchos escoltas, pero no tuvimos la oportunidad de hablar de lo que había pasado hasta el otro día porque llegamos directamente a dormir, estábamos exhaustos y adoloridos.

Como cualquier persona podría imaginarse, la pregunta obligada era:

—¿Quién eres y qué putas fue lo que pasó anoche?

Nunca había visto a Carlos tan triste. Se sentó a mi lado y me abrazó, me dijo que había llegado el momento de contarme la verdad. Él era Carlos Castaño Gil, hermano de Fidel Castaño, el jefe paramilitar. Por esos días al único de los Castaño que se le relacionaba con los grupos paramilitares era a Fidel, Carlos todavía estaba en el anonimato. Yo quedé muy sorprendida y hasta me reí. Le dije que yo creía que era un mafioso, por tanto misterio alrededor de su vida personal y de su trabajo, y mi comentario no le gustó mucho. Me respondió que odiaba a los mafiosos porque entre ellos y la guerrilla tenían al país en el despelote en que estaba, y entonces paró un momento y me miró muy serio. Me dijo:

—Vos sabés que te quiero mucho. Todavía estás a tiempo de dejarme y de buscar una vida normal.

¿Qué iba a decir yo? Para ese momento ya estaba totalmente enamorada de él. Podía irme de ahí y buscar un novio

que trabajara en un banco o que fuera médico y gastara las horas del día en un hospital. Podía intentar salir con los amigos de mis amigas, con los muchachos del barrio, con los amigos de mi hermana, pero... ¿quién puede parar esa avalancha que es el amor a los veinte años? Creo que Carlos podría haberme confesado lo que quisiera esa noche y yo me hubiera quedado ahí con él.

En ese entonces yo no sabía bien qué era exactamente el movimiento paramilitar. Carlos me contó poco a poco su historia, me habló del secuestro de su papá, de todo lo que había sufrido su familia, y de su hermano Fidel, quien para él representaba una figura paterna y le generaba gran admiración y orgullo. Cuando yo intentaba ir más allá en el tema de las AUC y su papel en ellas, ponía una barrera porque, según él, entre yo menos supiera mejor sería para mí. Así que decidí no preguntarle nunca por ese tema y acepté escuchar solo lo que él quería contarme.

Conocí a Fidel Castaño poco tiempo después, en una reunión con amigos de Carlos en Montecasino. Cuando lo vi quedé impactada. Era un hombre muy guapo y elegante, alto, de contextura atlética, vestido de traje y corbata. Cuando entramos a la casa no había llegado ningún invitado, Fidel estaba solo adentro del bar que había en el salón principal. Bebía una copa de coñac y estaba fumando un habano. Oía música clásica en medio de la soledad. Cuando nos vio llegar le dio un gran abrazo a Carlos, quien le correspondió con el mismo entusiasmo. Después me miró y le dijo a Carlos:

—Me imagino que ell un beso en la mejilla. Yo hombre muy simpático. I me ha hablado mucho d era fuerte pero hablaba c

Recuerdo que Carlos cerrara la boca. Lo dijo si que se echó a reír y me d

—Paulita, ¿cómo hac mi hermanito y lo adoro,

Yo me reí con pena y celos. Entonces nuevame

—¡Ah, con razón se vita...

La noche transcurrió parejas y la pasamos muy todo el tiempo estuvo de contaba anécdotas y serv

En un momento dete que estábamos. Era muy gro de cola y un equipo de sabía manejar; una mesa oro cubierta por un crista accidentalmente en dos o justo esa noche); y un peq arriba con inmensos tazo de piratas y que, Carlos m alrededor del mundo. Tar

—Me imagino que ella es Paulita —me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Yo estaba como hipnotizada, era un hombre muy simpático. Entonces me dijo—: Mi hermano me ha hablado mucho de ti y quería conocerte —su voz era fuerte pero hablaba con un tono moderado.

Recuerdo que Carlos me dio un codazo y me dijo que cerrara la boca. Lo dijo sin ningún disimulo, frente a Fidel, que se echó a reír y me dijo:

—Paulita, ¿cómo haces para aguantarte a este *pelao*? Es mi hermanito y lo adoro, pero tiene un genio el verraco...

Yo me reí con pena y le grité a Carlos que dejara los celos. Entonces nuevamente Fidel se echó a reír y me dijo:

—¡Ah, con razón se entienden! Tú también eres bravita...

La noche transcurrió muy animada. Llegaron otras dos parejas y la pasamos muy bien. Fidel fue el anfitrión, casi todo el tiempo estuvo detrás de la barra del bar, mientras contaba anécdotas y servía tragos.

En un momento determinado, me fijé en el salón en el que estábamos. Era muy grande, tenía un gran piano negro de cola y un equipo de sonido enorme que solo Fidel sabía manejar; una mesa china blanca con grabados en oro cubierta por un cristal delgado que después quebraría accidentalmente en dos ocasiones (la primera de ellas fue justo esa noche); y un pequeño bar adornado en la parte de arriba con inmensos tazones cervecedores que tenían caras de piratas y que, Carlos me había contado, Fidel conseguía alrededor del mundo. También desde el salón podía verse

la puerta de acceso a la cava subterránea con una pequeña escalera en espiral. Esa noche, Fidel le dijo a Carlos que la había aprovisionado con un montón de botellas y nos hizo bajar a todos para que las viéramos.

Los dos hermanos hablaban emocionados de las botellas y, como el resto de nosotros no entendía mucho del tema, nos limitamos a oírlos. Fidel contaba dónde y cómo las había conseguido, cuál era la cepa y la casa a la que pertenecían. Fue una noche divertida, aunque para mí, totalmente diferente a lo que llamaba una "fiesta". En realidad, yo estaba tan joven que esa palabra solo podía evocar una noche de discoteca, brincando, sin hablar, con música estridente y apenas unos comentarios sueltos en medio del bullicio. Aquella noche, en cambio, Carlos y Fidel se turnaban para recitar poemas de Benedetti o Neruda, estrofas de canciones que les gustaban (recuerdo "El Unicornio azul", de Silvio Rodríguez) y, aunque puede sonar aburrido para muchos, la verdad es que con Carlos sentí que aprendía a ver y a disfrutar la vida de una forma diferente, una forma que me gustaba cada vez más.

Fidel nos acompañó poco tiempo, apenas casi una hora, y luego se despidió para irse a dormir porque estaba cansado. Justo ese día había llegado de Europa. Además, éramos solo parejitas y él no quería ser el "violinista" de la noche, dijo. Después de esa reunión solo volvería a ver a Fidel en dos o tres ocasiones. Más tarde lo asesinarían, como a muchos personajes de esta historia.

El primer año de mi re  
so. Pasábamos mucho tier  
ces era Fidel quien liderab  
Eso nos permitía viajar y d  
de novios. Nuestro prime  
Venezuela. Llegamos a C  
nos hospedamos en el ho  
y la última vez que viajam  
Los dos primeros días nos  
a ir de compras. Carlos de  
hecho de caminar tranquil  
mirar por encima del hor  
perseguía, aunque advertí  
sus dos pistolas en la cintu  
joyería muy exclusiva y me  
para unos políticos muy in  
el movimiento paramilita  
relojes sin reparar en los  
sobrios y elegantes.

Al llegar al hotel me  
iba a llevar al lugar más  
que quería que nos quedá  
conoció, se hizo la prom  
enamorado. Ese lugar era  
villa alemana muy pintore  
Agustín Codazzi y que p  
Nos hospedamos en una

El primer año de mi relación con Carlos fue muy intenso. Pasábamos mucho tiempo juntos porque en ese entonces era Fidel quien lideraba las AUC y tomaba las decisiones. Eso nos permitía viajar y divertirnos como cualquier pareja de novios. Nuestro primer viaje fuera de Colombia fue a Venezuela. Llegamos a Caracas en un vuelo comercial y nos hospedamos en el hotel Eurobuilding. Fue la primera y la última vez que viajamos con nuestros nombres reales. Los dos primeros días nos dedicamos a descansar, a salir y a ir de compras. Carlos decía que se sentía aliviado por el hecho de caminar tranquilamente, sin escoltas, ni tener que mirar por encima del hombro para verificar que nadie lo perseguía, aunque advertía que le hacía mucha falta sentir sus dos pistolas en la cintura. Recuerdo que entramos a una joyería muy exclusiva y me dijo que debía comprar regalos para unos políticos muy importantes que colaboraban con el movimiento paramilitar. Me pidió que escogiera seis relojes sin reparar en los precios, pero, eso sí, debían ser sobrios y elegantes.

Al llegar al hotel me dijo que empacara porque me iba a llevar al lugar más hermoso que había conocido y que quería que nos quedáramos un día allá. Desde que lo conoció, se hizo la promesa de volver cuando estuviera enamorado. Ese lugar era la Colonia Tovar, una pequeña villa alemana muy pintoresca, que había sido fundada por Agustín Codazzi y que parecía congelada en el tiempo. Nos hospedamos en una posada que ni siquiera tenía luz

eléctrica, era el mes de octubre y éramos los únicos huéspedes del lugar.

Tal como me había advertido, era el lugar más hermoso y romántico que había conocido. Todo estaba alumbrado con velas y antorchas. Esa noche cenamos y nos tomamos un par de botellas de vino junto al dueño de la posada, quien nos contaba historias del lugar. Carlos era muy curioso, siempre quería aprender cosas nuevas y le encantaba la historia. Preguntaba y preguntaba, al punto de dejar exhausto a su interlocutor. Esa curiosidad era una de las cualidades que más me gustaba de él, aparte de que era un hombre tierno y cariñoso con una gran sensibilidad que desafortunadamente iría disminuyendo con el paso de los años.

Carlos no expresaba sus sentimientos abiertamente pero, muchas veces, cuando se sentía agobiado por los problemas o la tristeza, lloraba tan desconsoladamente que me conmovía. Ese viaje a Venezuela nos ayudó a fortalecer nuestra relación, pero no sería por mucho tiempo.

El siguiente integrante de la familia Castaño que conocí fue a Vicente. Sucedió en la finca que tenían en Damasco, Antioquia. Era un hombre corpulento y alto que comenzaba a quedarse calvo. Era muy distinto a Carlos y a Fidel, extremadamente callado, aunque amable. Un rasgo que recuerdo que contrastaba con su personalidad era que celebraba con fuertes carcajadas el humor negro de Carlos. Aparentaba ser un hombre apacible que se limitaba a escuchar las conversaciones de todos nosotros sin intervenir mucho, a menos que Carlos le preguntara directamente

sobre algo. Llegamos a e  
y su esposa, quienes, m  
acompañaban en los pas  
fincas de los Castaño.

Humberto fue por n  
Carlos, era su confidente  
sobre él. Lo llamaban M  
medio calvo, de ojos verd  
No tenía profesión defin  
Sabía del cariño y la confi  
provecho al máximo de e  
vertirse en uno de mis pe

Humberto siempre era  
gastos y, al entrar yo en es  
para él. Ya no era la única p  
las veinticuatro horas del d  
Además, ya no tendría la  
del dinero que Carlos le e  
gastaba a su conveniencia  
jarlo seguir con eso, y por  
fue conflictiva, y muchas v  
espada y la pared, ya que F  
yo su pareja. Nuestras pel  
odiaba porque me daba cue  
para que Carlos y yo no es  
involucrar a Carlos con to  
tengo que reconocer de Ca  
cioso con respecto a las m

sobre algo. Llegamos a eso del mediodía con Humberto y su esposa, quienes, muy a mi pesar, casi siempre nos acompañaban en los paseos que hacíamos a alguna de las fincas de los Castaño.

Humberto fue por muchos años el mejor amigo de Carlos, era su confidente y ejercía una fuerte influencia sobre él. Lo llamaban Mandril, pues era un tipo delgado, medio calvo, de ojos verdes y un gran bigote desordenado. No tenía profesión definida y se las daba de intelectual. Sabía del cariño y la confianza que Carlos le tenía y sacaba provecho al máximo de ello. Más adelante llegaría a convertirse en uno de mis peores enemigos.

Humberto siempre era quien guardaba el dinero de los gastos y, al entrar yo en escena, muchas cosas cambiarían para él. Ya no era la única persona que acompañaba a Carlos las veinticuatro horas del día, tampoco su único confidente. Además, ya no tendría la libertad de antes para disponer del dinero que Carlos le entregaba y que él abusivamente gastaba a su conveniencia. Yo no estaba dispuesta a dejarlo seguir con eso, y por eso mi relación con él siempre fue conflictiva, y muchas veces pusimos a Carlos entre la espada y la pared, ya que Humberto era su mejor amigo y yo su pareja. Nuestras peleas eran realmente horribles, lo odiaba porque me daba cuenta de que hacía todo lo posible para que Carlos y yo no estuviéramos juntos, y trataba de involucrar a Carlos con todo tipo de mujeres. Pero si algo tengo que reconocer de Carlos es que fue un hombre juicioso con respecto a las mujeres. Mientras estuvimos bien

no me fue infiel, o por lo menos se cuidó mucho de que yo no me diera cuenta.

Cuando peleábamos era porque opinábamos diferente acerca de algún tema, porque se ausentaba mucho y ya no me dedicaba tiempo o porque era celoso, pretendía tenerme controlada a su antojo y yo no me dejaba. Su amigo Humberto, quien fue un hombre violento que abusaba de su esposa Judith física y mentalmente, era quien en muchas ocasiones azuzaba las peleas.

No exagero en cuanto a los abusos de Humberto con su mujer. Tanto fue así, que un día Judith se dirigió al cuarto matrimonial mientras su esposo dormía y lo asesinó. Después se descerrajó un tiro y murió junto a él. Los encontraron tres días después. Carlos quedó devastado y empezó a beber con cierto descontrol. Para mí, debo decirlo, fue un alivio porque Humberto me había amenazado de muerte en varias ocasiones. Creía que me asustaría y me apartaría de Carlos para dejarlo ser el parásito que siempre fue.

A medida que pasaba el tiempo, el temperamento de Carlos cambiaba. Creo que tenía que ver con su responsabilidad creciente en el manejo de las autodefensas. Se volvió malhumorado e irascible, y nuestra vida en pareja, los paseos a volar en cometa o a esquiar, disminuyeron. Si salíamos de la ciudad ya no era por diversión sino por trabajo. Cuando íbamos a alguna de las fincas en Montería, yo me la pasaba encerrada por dos o tres días, prácticamente sola, acompañada de algunos escoltas porque Carlos asistía a reuniones a las que salía muy temprano y llegaba tarde.

En esa época todavía la relación fuera algo duradera, me detenía a mirarme, lo tendría conmigo. En eso que lo caracterizaba, se me apasionados.

Yo lo sentía en la mano, me daba un beso y me apartaba tres horas como máximo llegaba tomado y, aunque no me gustaba verlo así tomado, y, como Carlos era muy fácil de decirle se enfurecía fácilmente se hicieron muy comunes.

Carlos siempre dormía y otra en la mesa de noche podía dispararse mientras él decía que no volvería ya había caído dormida,

Esto sucedía cuando ocurrir delante de gente o nos veía discutir se apartaban nos hiciéramos daño. Nos explosivos que siempre nos ramos daño. Si Carlos me vez, yo hubiera respondido había presenciado las peleas que siempre ella salía por

En esa época todavía tenía esperanzas en que nuestra relación fuera algo duradero. En las noches, mientras dormía, me detenía a mirarlo y a preguntarme hasta cuándo lo tendría conmigo. En medio del olor a pino y a eucalipto que lo caracterizaba, sentía el desespero de los amores apasionados.

Yo lo sentía en la madrugada porque al llegar siempre me daba un beso y me abrazaba. Entonces dormía dos o tres horas como máximo y se volvía a ir. Muchas veces llegaba tomado y, aunque no era de “malos tragos”, a mí no me gustaba verlo así tan seguido. Entonces discutíamos y, como Carlos era muy llevado de su parecer y al contradecirle se enfurecía fácilmente, las peleas entre nosotros se hicieron muy comunes.

Carlos siempre dormía con un arma bajo la almohada y otra en la mesa de noche. Yo le decía que me asustaba, podía dispararse mientras dormía y terminaría matándome. Él decía que no volvería a hacerlo, pero cuando veía que ya había caído dormida, volvía a meterla en la cama.

Esto sucedía cuando estábamos solos o, incluso, llegó a ocurrir delante de gente que trabajaba para él y que cuando nos veía discutir se apartaba y se limitaba a verificar que no nos hiciéramos daño. Nuestros temperamentos eran tan explosivos que siempre sentí el riesgo de que nos hiciéramos daño. Si Carlos me hubiera llegado a atacar alguna vez, yo hubiera respondido de igual forma. No en vano yo había presenciado las peleas de mi papá y mi mamá, en las que siempre ella salía perdiendo, humillada y maltratada.

Carlos siempre me dijo que una de las cosas que más le atrajo de mí fue precisamente el carácter fuerte, pero eso mismo sería lo que nos iba a separar en el futuro, y la razón por la cual yo saldría hacia Estados Unidos huyendo de él.

Pero otras veces, en los mejores momentos de la relación, yo disfrutaba avergonzándolo frente a sus hombres. Lo acompañaba mientras se ponía su uniforme camuflado y salía con él a donde lo esperaba la gente de la tropa. Esperaba que estuviera descuidado para darle un beso apasionado. Me encantaba verlo rojo de la pena. Siempre me llevaba aparte y me decía que no hiciera eso delante de sus hombres, no debían verlo así.

CAI

De don

# A SOLAS CON **CARLOS CASTAÑO**

En 1984 la joven y hermosa Paula consigue trabajo en una agencia automotriz. Un día cualquiera, un hombre tan joven como ella entra a la agencia. Es corto de estatura, fornido, tiene la voz gruesa y ronca, y viene acompañado de media docena de guardaespaldas. El joven es Carlos Castaño y todavía es un fantasma, un hombre desconocido por los medios y la sociedad. Aún parece desprevenido y capaz de enamorarse, pero este es apenas el inicio de una década de transformaciones. Desde ese día, Paula se involucra en una historia de mafia y muerte que pasa por la creación de los grupos paramilitares, los negocios del narcotráfico, la guerra personal de Carlos Castaño con Pablo Escobar, la Operación Milenio (en la que cayeron barones de la droga como Fabio Ochoa) y una infinidad de episodios que terminan en una celda en el extranjero. Esta es su historia.

DOCUMENTOS

 Planeta

ISBN 13: 978-958-42-3249-6  
ISBN 10: 958-42-3249-5



9 789584 232496